

**“DE NUESTRA INFERIORIDAD ECONÓMICA”**  
REFLEXIONES SOBRE LOS LÍMITES  
DEL DESARROLLO CAPITALISTA CHILENO

**Sofía Correa**

INTRODUCCIÓN

**E**l documento que aquí presentamos, “De nuestra inferioridad económica. Causas y remedios”, de Zorobabel Rodríguez, fue publicado en dos números consecutivos de la *Revista Económica*, en diciembre de 1886 y enero de 1887. Por aquel entonces, este defensor incansable del liberalismo doctrinario en el campo católico había sido separado de la redacción de *El Independiente*, y concentraba sus esfuerzos en el diario *La Unión* de Valparaíso y en su cátedra de Economía Política en la Universidad de Chile<sup>1</sup>. Colaboraba también en la *Revista Económica* desde que ésta fue creada en noviembre de 1886 por Miguel Cruchaga y Félix Vicuña. Era la primera revista especializada en temas de economía que circulaba en el país, y recogía en su seno a hombres de diversas tendencias políticas que compartían un ideario liberal en el enfoque de la disciplina<sup>2</sup>.

---

SOFÍA CORREA. Doctora en Historia, Universidad de Oxford. Profesora de la Universidad de Santiago de Chile.

<sup>1</sup> Véase Sofía Correa, “Zorobabel Rodríguez, católico liberal”, *Estudios Públicos*, 66 (otoño 1997).

<sup>2</sup> Véase *Revista Económica*, año 1, N° 1, Valparaíso, 13 de noviembre de 1886. Prólogo. Desde el número 6, publicado en julio de 1887, la dirección de la revista es asumida por Zorobabel Rodríguez. Entonces la redacción se traslada a Santiago. Siendo suspendida por un lapso de tres meses reaparece en octubre de 1887. Desde entonces su periodicidad mensual no se ve alterada hasta febrero de 1891. Un último número, el 47, aparece solitario en junio de 1892.

*Estudios Públicos*, 73 (verano 1999).

La preocupación central que mueve a Zorobabel Rodríguez en “De nuestra inferioridad económica” es la escasa industrialización de Chile comparado con otros países. Más allá de las condiciones del territorio y de las políticas económicas, a Zorobabel Rodríguez le interesa centrar su atención en las características específicas del chileno, las que, a su juicio, estarían limitando nuestro desenvolvimiento económico. Esto quedaría demostrado al observar cómo en la industria manufacturera y fabril los inmigrantes europeos habrían desplazado a los chilenos en el esfuerzo productivo.

En efecto, hacia mediados de los años 80 se había desarrollado en Chile un interesante impulso industrializador que venía de la década de 1860, que se había dinamizado con la Guerra del Pacífico y consolidado con la riqueza del salitre. No sólo la minería del desértico Norte Grande generaba un mercado consumidor de magnitudes, también demandaba bienes de capital, muchos de los cuales se produjeron localmente; además los cuantiosos ingresos fiscales que se invirtieron en ferrocarriles y obras públicas crearon una demanda a la vez que una infraestructura favorable al desarrollo industrial. Agreguemos que los nuevos servicios urbanos y la creciente burocracia que acompañó al crecimiento del aparato estatal dieron origen a una clase media consumidora de la producción manufacturera local<sup>3</sup>. Inmigrantes extranjeros junto a chilenos fueron dando forma a un empresariado industrial. Así, en 1883 se creaba la Sociedad de Fomento Fabril, bajo auspicios del gobierno es cierto, pero también lo es que al año siguiente esta asociación contaba ya con 305 miembros, y su dinamismo se manifestaba en la organización de la primera exposición industrial en 1885<sup>4</sup>.

Con este panorama tan halagador ¿por qué, entonces, la sensación de malestar de los contemporáneos de Zorobabel Rodríguez, y de las generaciones que les siguieron, respecto al desarrollo económico chileno durante el período del salitre? Historiadores de la economía han hecho ver que no sólo en Chile, sino en Iberoamérica en general, la existencia de una

---

<sup>3</sup> Véase: Luis Ortega, “Economic Policy and Growth in Chile from Independence to the War of the Pacific”, en *Latin America, Economic Imperialism and the State: The Political Economy of the External Connection from Independence to the Present*, editado por Christopher Abel y Colin M. Lewis (University of London, Institute of Latin American Studies, 1985); Christopher Abel y Colin M. Lewis, “The Classical Age of Imperialism. Introduction”, en Abel y Lewis, *op. cit.*; Julio Pinto Vallejos y Luis Ortega Martínez, *Expansión minera y desarrollo industrial: Un caso de crecimiento asociado (Chile 1850-1914)*, Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile, s.f.; Carmen Cariola Sutter y Osvaldo Sunkel, *Un siglo de historia económica de Chile 1830-1930. Dos ensayos y una bibliografía* (Madrid: 1982).

<sup>4</sup> Véase Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel, *op. cit.*, pp. 98, 99.

industrialización significativa a fines del siglo XIX no fue suficiente para que se crearan las condiciones para un desarrollo industrial autosostenido, debido a que en la sociedad no se difundieron suficientemente las relaciones de mercado, sobreviviendo relaciones laborales premodernas, y los empresarios nacionales prefirieron las inversiones más seguras en las finanzas y el comercio que en la mayor incertidumbre de la industria manufacturera<sup>5</sup>.

En la misma línea, aunque ciertamente con otro lenguaje y otra conceptualización, podríamos decir que van las reflexiones de Zorobabel Rodríguez.

Las causas de ‘nuestra inferioridad económica’ las percibe radicadas en dos dimensiones sociales diferentes. Una, de tipo institucional, consistiría en que la instrucción teórica y práctica del extranjero es superior a la del chileno, y por lo mismo puede, a diferencia de éste, aprender de los textos lo que no sabe. El segundo tipo de causas de ‘nuestra inferioridad económica’ radicaría en el orden de la psicología colectiva y de los valores compartidos: el chileno de todas las clases sociales, a diferencia del extranjero, desprecia las actividades económicas ligadas al comercio y la industria y busca o un empleo público o bien obtener en las profesiones liberales un pergamino de distinción; el chileno no tiene sentido de la previsión y derrocha su tiempo, su dinero y su salud en diversiones; es incumplidor, desordenado, pródigo, informal, vive al día y gasta lo que no tiene buscando siempre aparentar más de lo que es; la pasión por el lujo en las clases adineradas impide la formación de capitales para la industria.

Nos parece que estamos aquí frente a una crítica que hace referencia a la ausencia de una ética capitalista, entendida como lo plantea Max Weber<sup>6</sup>. Es decir, Zorobabel Rodríguez se sitúa frente a la ausencia de una ética del trabajo que permitiría, por una parte, la acumulación de capital —por oposición al gasto—, y por otra, la productividad de la mano de obra —por oposición a la imprevisión y falta de hábitos laborales. En la medida en que percibimos que ésta es la preocupación fundamental de Zorobabel Rodríguez podemos entender por qué en este texto el autor combina la crítica a la educación nacional con la crítica a la ostentación de las elites frente a lo que ya entonces se conceptualizaba como la ‘cuestión social’. El mismo Zorobabel Rodríguez encarnaba las virtudes que aspiraba fuesen comunes a todos los chilenos: era un hombre austero, honesto, tra-

---

<sup>5</sup> Véase Julio Pinto y Luis Ortega, *op. cit.*; Abel y Lewis, *op. cit.*

<sup>6</sup> Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, publicado por primera vez en 1901.

bajador, metódico y tenaz<sup>7</sup>. Observemos que al final del texto que presentamos, Rodríguez considera a las virtudes económicas como superiores incluso a las religiosas y cívicas, como la base y sustento de éstas, lo que estaría dando cuenta de la importancia que él le asigna a la ética del trabajo, base del desarrollo capitalista.

Ahora bien, esta situación de inferioridad del chileno con respecto al europeo tiene remedio, a juicio de nuestro autor, y es en la enseñanza donde se puede poner fin a estos males. Estamos en una época que, aún bajo el influjo ilustrado, cree que la educación tiene un poder tal sobre los seres humanos que puede cambiar la historia de las naciones. Se trata, en el fondo, de una fe incommovible en la voluntad y en la libertad, y por cierto, en el progreso de la historia.

La crítica que Zorobabel Rodríguez hace al predominio de una enseñanza memorística, teórica y nada de práctica, incapaz de preparar para la vida del trabajo y de enseñar a pensar, era común en la época. Así, Diego Barros Arana, uno de los principales responsables de la conducción de la educación chilena de fines del siglo XIX, manifestaba en 1892 la misma preocupación, señalando la necesidad de darle un carácter más práctico a la enseñanza, de modo que ésta facilitara la adquisición de conocimientos “aplicables a cualquier ocupación en la vida, así para carreras de comercio y de la industria, como para el ejercicio de las profesiones científicas y literarias”<sup>8</sup>.

Muy distinto es el caso con respecto a la posición que Zorobabel Rodríguez tiene sobre el rol del Estado en la educación. La radicalidad de sus postulados a partir de la teoría económica liberal, a saber, que el Estado no debía invertir en educación, al menos en la secundaria y superior, no debiendo existir establecimientos de enseñanza de carácter público en esos niveles, no la encontramos en sus contemporáneos<sup>9</sup>.

En efecto, las ideas sobre educación en el campo conservador no llegaban a tal radicalidad. Se aceptaba la presencia estatal en la educación secundaria y superior, a la vez que se abogaba por la libertad educacional, significando con esto la potestad de los establecimientos católicos para otorgar grados que permitieran a los alumnos ingresar a la Universidad de

---

<sup>7</sup> Véase Sofía Correa, *op. cit.*

<sup>8</sup> Barros Arana, citado en Julio César Jobet, *Doctrina y praxis de los educadores representativos chilenos* (Santiago, 1970), p. 310.

<sup>9</sup> Las ideas sobre educación que sustenta Zorobabel Rodríguez en este artículo son ampliadas en el número 6 de la *Revista Económica*, de julio de 1887, en un trabajo titulado “Los aspectos económicos de la cuestión de la enseñanza”.

Chile, y la facultad para crear colegios y universidades sin someterlas al control estatal. Por cierto, los conservadores criticaban además el carácter no confesional y a veces abiertamente contrario a las enseñanzas de la Iglesia que se imprimía en algunas asignaturas, especialmente las científicas, en los establecimientos fiscales. “Yo condeno y condenaré siempre la enseñanza materialista que nos hace descender del mono, decía el diputado Blanco Viel en la Cámara. Lo que es yo, no desciendo del mono”, concluía<sup>10</sup>. Difícilmente podrían haber negado los conservadores la función docente del Estado, en la medida en que la Constitución de 1833, de la que se sentían orgullosos herederos, la consagraba<sup>11</sup>.

Para los liberales y radicales, el Estado docente estaba fuera de toda discusión, tanto en lo que se refiere a la obligación del Estado de dar enseñanza gratuita como a su atribución para controlar lo que se enseñaba en los colegios particulares. En efecto, desde principios de la República, con la creación del Instituto Nacional, se concibió a la educación como el medio por excelencia para la formación del nuevo ciudadano que venía a reemplazar al súbdito de la corona castellana<sup>12</sup>. Posteriormente, con el auge liberal la educación fue percibida como instrumento para la formación de un ciudadano libre y tolerante, abierto a las verdades de la ciencia, a tono con el progreso del siglo. Además, no debe escapárseles que la gratuidad de la enseñanza pública, secundaria y universitaria permitió la conformación de una clase media vinculada a las profesiones, a la educación y a los servicios estatales. De hecho, el lema ‘gobernar es educar’ viene de esta época, siendo acuñado por Valentín Letelier<sup>13</sup>.

En vista de que sus postulados sobre la debida ausencia estatal del campo educacional no iban a tener eco, Zorobabel Rodríguez se situó en una postura más realista reconociendo que el Estado seguiría dirigiendo la enseñanza en Chile, y propuso entonces la reforma que éste debería emprender para asegurar una educación práctica. Con ella los chilenos y chilenas de todos los niveles sociales tendrían una formación apta para la vida económica, tanto en su dimensión práctica como ética —austeridad en el

---

<sup>10</sup> Sesiones de los Cuerpos Legislativos. Cámara de Diputados, 28 de enero de 1887.

<sup>11</sup> El artículo 153 de la Constitución de 1833 señalaba: “La educación pública es una atención preferente del Gobierno. El Congreso formará un plan general de educación nacional; y el Ministro del Despacho respectivo le dará cuenta anualmente del estado de ella en toda la República”, citado por Luis Valencia Avaria, *Anales de la República* (Santiago: 1951), tomo 1, p. 182.

<sup>12</sup> Sobre la transformación del súbdito en ciudadano como tarea pública de los inicios de la República, véase Alfredo Jocelyn-Holt Letelier, *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica* (Buenos Aires: 1997).

<sup>13</sup> Véase Julio César Jobet, *op. cit.*, p. 313 y siguientes; p. 332 y siguientes.

gasto, frugalidad, valoración del lucro y del ahorro—, y así se cerraría la brecha existente con los inmigrantes europeos respecto a su disponibilidad para el trabajo productivo. Lo que nos propone Zorobabel Rodríguez es, a mi juicio, la creación de una clase empresarial y de una clase trabajadora capaces ambas de insertarse en la lógica de producción capitalista; y para ello confía en las posibilidades de la educación.

De muy diversa índole es entonces este texto de Zorobabel Rodríguez comparado con el conocido libro de Francisco Antonio Encina que recoge el mismo título: *Nuestra inferioridad económica: Sus causas, sus consecuencias*, publicado por primera vez en 1911. Encina no reconoce en Rodríguez a su inspirador, de quien no sólo toma el título sino también lo sigue al plantearse como problema central el desplazamiento del chileno por el extranjero en las actividades económicas, al caracterizar la inadecuación de la sicología nacional para el trabajo industrial, y al señalar en la educación la fuente del mal a la vez que su solución<sup>14</sup>. Encina es nacionalista, introduce el elemento racial en el análisis y tiene una visión decadentista de la historia económica chilena. Pero, sobre todo, Encina no llega a la agudeza del planteamiento de Zorobabel Rodríguez en cuanto nuestro autor apunta a la necesidad de formar un ciudadano impregnado de la ética capitalista.

“De nuestra inferioridad económica. Causas y remedios”, el texto de Zorobabel Rodríguez que aquí presentamos, plantea con la originalidad y radicalidad que lo caracterizan, a la vez que con lucidez y honestidad, uno de los problemas permanentes que desde entonces ha inquietado a intelectuales y políticos, a saber, por qué no despegamos a partir de la riqueza del salitre, en qué consistieron los límites impuestos a nuestro desarrollo capitalista. A la vez, estamos frente a una provocadora crítica de la educación chilena concentrada en sus dimensiones más definitorias y constantes, es decir, en su carácter público y en su orientación humanista y científica.

Por lo mismo que el texto puede ser de enorme actualidad, es importante prevenir para que su lectura sea hecha teniendo presente el contexto de su época y las características específicas del catolicismo liberal que impregnaba el pensamiento de Zorobabel Rodríguez.

---

<sup>14</sup> Paradójicamente, Encina incluso sitúa a Zorobabel Rodríguez entre aquellos que no vieron en la educación la causa de ‘nuestra inferioridad económica’ sino, en el caso de Rodríguez, en el proteccionismo.

“DE NUESTRA INFERIORIDAD ECONÓMICA:  
CAUSAS Y REMEDIOS”\*

**Zorobabel Rodríguez**

Artículo I

*Causas*

Ocupándose el señor don Félix Vicuña, en el artículo que, sobre la situación económica de Chile, publicó en el primer número de esta REVISTA, de las industrias fabril y manufacturera, después de dejar constancia del estado embrionario en que aún se encuentran, señala como principales causas de su atraso, las tres siguientes:

1.º La falta de capitales que se traduce por fuertes intereses y primas que no pueden resistir industrias nuevas.

2º. Falta absoluta de protección de los gobiernos influenciados por un espíritu de fiscalismo mal entendido.

Y 3.º Falta de hábitos de trabajo y moralidad en nuestro pueblo y carencia absoluta de educación industrial.

Persuadidos como estamos de que el problema que el distinguido fundador de la REVISTA ECONÓMICA plantea en las líneas trascritas es tal vez el mas importante de los que caen dentro del campo de estudio señalado por su propio título a esta publicación, vamos á emitir sobre él algunas ideas, que aunque no basten,—como no bastarán sin duda,— á resolverlo, acaso consigan llevar alguna luz hácia uno de sus mas desatendidos aspectos.

Para apreciar en sus causas la potencia productiva de un país hai que volver la vista á todos los factores que forman la producción y que contribuyen á la conservación y movilización de los capitales.

No sería posible, en consecuencia, atinar con las verdaderas causas de nuestra inferioridad industrial con respecto á otros países sin distinguir y fijar bien la parte que en ella puede corresponder á nuestra inexperiencia de pueblo que apenas nace á la vida del trabajo, á nuestras deplorables tradiciones, á la calidad y extensión de nuestro suelo, á la naturaleza de nuestros productos, á nuestra situación jeográfica, á los defectos de nuestra legislación industria, mercantil y aduanera, á la escasez de capitales, á la falta de fijeza en el tipo de cambio y en el valor del papel moneda, etc., etc.

---

\* El Artículo I (Causas) apareció en *Revista Económica*, diciembre de 1886, y el Artículo II (Remedios) en el número 3 (enero de 1887) de la misma revista.

Pero aunque los enumerados factores sean de indiscutible importancia y dignos de especial estudio, no son los únicos, ni los que nosotros nos proponemos considerar en este artículo.

Sabido es, en efecto, que sobre todos ellos descuella el hombre que es, á la vez que el principal agente de la producción, el objeto y término de ella.

Es el hombre el que produce aplicando al mundo exterior sus fuerzas físicas, sus facultades intelectuales y el poder de su energía moral. Es él el que inventa, el que trabaja y el que ahorra. Es él el que produce, dando utilidad á la materia, ó aumentando la que ántes tenía; es él el que conserva los capitales, absteniéndose de consumirlos y reservándolos para ulteriores y más fáciles y abundantes producciones; es él el que los cambia y fecundiza por medio del comercio y del crédito.

De ahí es que cada vez que se quieran buscar los orígenes de una situación económica floreciente ó desfavorable hay que llevar la luz de la observacion analítica al hombre, que es la causa de las causas, el primer motor de la vasta fábrica y la reina de la ajitadísima colmena.

## I

*De nuestra inferioridad económica*, hemos titulado este breve estudio, y ya se comprenderá, por lo expuesto, que no intentamos aquí una comparación internacional de pueblo á pueblo, sino individual de hombre á hombre. No buscaremos los motivos que explican las ventajas que, por el aspecto económico, llevan á Chile, no solo Inglaterra, Francia y Alemania, sino hasta Béljica, Holanda y Suiza

Nuestro propósito es más modesto y, por decirlo así, mas doméstico. Queremos, mirando solo á lo que sucede en Chile, á lo que cada uno de nosotros puede ver sin salir del pueblo en que reside, comparar, bajo el aspecto de sus aptitudes económicas, de su poder productivo, de su capacidad para formar las riquezas, para conservarlas y para fecundizarlas, al chileno y a extranjero europeo.

Por mas que esta comparación resulte mortificante para nosotros, parécenos en sumo grado interesante y provechosa. Nada tan propio como ella para hacernos comprender lo que nos falta y los medios de adquirirlo a fin de disputar con esperanza de éxito á nuestros aventajados huéspedes el premio que hasta ahora se han llevado sin combatir casi en los pacíficos concursos del trabajo.



De paso advertiremos, aunque pudiera ello parecer excusado á los que nos conocen, que, al señalar aquí la superioridad económica del extranjero europeo sobre el chileno, no intentamos predicar contra aquél la cruzada de la envidia ni imputar la inexperiencia é inferioridad de éste á delito. Si señalamos la diferencia es para hacer justicia á los más altos y para despertar en los más bajos el noble deseo de igualarlos. Lo que anhelamos es que el nivel se establezca, no como el antiguo romano lo establecía entre las amapolas de su jardin, descabezando las más descollantes, sino indicando, al revés, á las más rastreras los medios de levantarse á par de las mas altas para disfrutar con ellas del aire y del sol, comun patrimonio de todos los hombres.

Para ninguna persona medianamente observadora es probable que haya pasado inadvertido un fenómeno que en Chile es constante, general y —¿por qué no habríamos de decirlo?—en sumo grado inquietante.

La industria chilena no es chilena. Desde las más complicadas hasta las más sencillas son, en sus nueve decimas partes, extranjeros los que las han establecido, los que las dirijen y los que recojen sus provechos.

Tómese al acaso cualquier pueblo de la República, léase la nómina de las patentes fiscales, y el resultado será siempre el mismo: con rarísimas exepciones son extranjeros todos los que las pagan. Encerrados en los estrechos límites de la abogacia, de la medicina y de la empleomanía —prescindimos por ahora de la minería y de la agricultura extensiva—los chilenos dejamos que los extranjeros se enseñoreen del vasto y ferarísimo campo de la industria fabril y manufacturera.

Para que no se crea que exageramos, demos algunas cifras relativas al departamento de Valparaíso.

De la Memoria pasada en junio del año anterior al Gobierno por el Intendente de la Provincia y que corre agregada á la que el señor Ministro de lo Interior acaba de presentar al Congreso, aparece que existian en el departamento 91 fábricas y establecimientos sujetos á la contribución de patentes industriales, y que de esas 91, solo 15 no pertenecen á extranjeros. ¡Quince en noventa y uno! Es bien poco ciertamente y llega á ser casi nada si, fijándonos un poco más, pasamos de la comparación numérica á la de las mismas industrias segun su importancia. Porque, no solo son los extranjeros los dueños de la inmensa mayoría de las fábricas, sino tambien de las que representan mayores capitales y reditúan más considerables beneficios.

Así, miéntras son nombres extranjeros los que aparecen al frente de las cuatro fundiciones y fábricas de máquinas que existen en el departamento, de las cuatro de fideos, de las dos de aceite, de las cuatro de licores, de las dos de aguas minerales, de las dos de carruajes, de la de guantes, de

la de velas, de las cuatros de jabon, de la de cigarros puros, de las cuatro curtidurías, de las cuatro sombrererías, de las cuatro herrerías, etc., las patentes pagadas por chilenos corresponden, con las solas exepciones de las imprentas tipográficas y litográficas, (cinco en doce) de una fábrica de aguardiente y de una de cerveza, más bien á talleres que á verdaderas industrias. Las boterías, sastrerías, fábricas de camisas, de cigarrillos y otras semejantes, si pueden revelar las aptitudes industriales de los que las dirijen, no nos dan títulos ciertamente para disputar á los extrangeros su evidente y abrumadora superioridad como fabricantes y empresarios.

Y como lo que se observa en Valparaíso sobre el punto que estamos considerando es lo mismo que existe en todos los departamentos de la República, forzoso será convenir en que el fenómeno se debe a causas generales y permanentes.

## II

¿Cuáles serán ellas? Tres señala, como hemos visto, el autor del artículo publicado en el primer número de esta REVISTA y á que mas arriba aludimos; pero como las dos primeras se refieren á todas las industrias existentes en Chile, demas será advertir que ellas no hacen a la cuestión que por ahora consideramos.

Si la escasez de capitales y la falta de proteccion de los gobiernos pueden explicar la inferioridad de nuestra industria con respecto á las de otros países mas ricos ó mejor gobernados, es lo cierto que ellas no bastarían á explicarnos el secreto de la profunda inferioridad industrial que aquí en Chile revela el chileno cada vez que se le compara con el extrangero europeo. Bajo la influencia de unas mismas leyes y obligados á sobreponerse á los mismos obstáculos y á vencer las mismas dificultades, el extrangero europeo nos vence casi siempre, por no decir siempre, en los torneos de la industria. ¿Por qué? Por falta de hábitos de trabajo y moralidad en nuestro pueblo y carencia absoluta de educacion industrial, contesta el señor Vicuña en el aludido ensayo, indicando con acierto, aunque de paso, la causa de la gravísima dolencia que acabamos de señalar y que, sin escusar esfuerzos ni sacrificios, debiéramos todos empeñarnos en combatir.

Si existiera en Chile una estadística mas intencionada y aprovechable que la que se lleva; si, por egemplo, ella nos diera cada año dos ó tres monografías como los millares de las que, sobre los obreros de ambos mundos, con tan celosa prolijidad formó M. Le Play y continúan formando sus discípulos, pocas tan interesantes como las que se refiriesen á aquellos

esforzados y egemplares extranjeros que, habiendo llegado á nuestro país hace diez, quince, veinte ó mas años, casi sin otro capital que sus aptitudes, figuran ahora entre los mas altos representantes del comercio, de la industria ó del capital de la República.

¿Cómo hicieron para subir tan alto, con paso tan firme y á veces tan rápido? ¿Y por qué, donde ellos aciertan, escollan generalmente nuestros compatriotas? Hé ahí lo que nos enseñaría la historia verídica y minuciosa de algunos de ellos escrita por el sistema de M. Le Play.

No esperen los lectores que la vayamos á escribir nosotros, porque aunque los datos precisos no nos faltasen, nos faltarían hoy el tiempo y el espacio. Pero si no hemos acopiado datos, hemos observado atentamente y creemos no engañarnos al deducir de las observaciones hechas las siguientes proposiciones:

1.<sup>a</sup> El chileno es tan capaz de adquirir como el europeo, por el estudio ó por la práctica, los conocimientos necesarios para el trabajo industrial, en todos sus grados y formas.

2.<sup>a</sup> El extranjero tiene casi siempre una instrucción teórica y siempre una instrucción práctica incomparablemente superior á la del chileno.

3.<sup>a</sup> En los casos en que el extranjero no sabe como hacer las cosas, ocurre, *propio motu* y sin esfuerzo, á los libros para aprenderlo; mientras que el chileno, que solo ha recibido la instrucción primaria, abandona y desaprovecha de ordinario este precioso medio de adquirir los conocimientos indispensables para expedirse con acierto en los trabajos que acometa ó puestos que se le confien.

4.<sup>a</sup> Mientras apenas se notan en el extranjero rastros de las antiguas preocupaciones contra las profesiones ó artes no *liberales*—ó serviles como en otro tiempo se decía—en el chileno, sin escepcion de clases, se mantienen vivas y arraigadas, alejando á centenares de miles de personas de la industria y del comercio, para arrojarlas a las antecámaras de palacio en solicitud de empleos, ó á las aulas universitarias en demanda de diplomas y títulos literarios ó científicos, ó, lo que es aún mucho peor, á los clubs, casinos y casas de diversion en que se pierde el tiempo, se malgasta el dinero y se compromete la salud.

5.<sup>a</sup> El extranjero es tan metódico, económico, previsor y cumplidor, como el nacional desordenado, pródigo, informal y amigo de vivir con el día.

6.<sup>a</sup> Mientras aquél se resigna sin vergüenza á vestir, tratarse y vivir de conformidad con sus recursos, éste, impaciente por igualarse con los que disfrutan de una mayor fortuna, no excusa medios ni sacrificios por aparentar mas de lo que es, consumiendo por completo salarios, sueldos, emolu-

mentos ó beneficios con riesgo inminente de comprometer el porvenir propio y el de la familia.

Y 7.<sup>a</sup> y última de ordinario la esposa y los hijos, que para el nacional son carga, y estorbo, y ocasion de gastos imprudentes y hasta descabellados, son para el extranjero pobre ó de modesta fortuna, útiles auxiliares, eficaces cooperadores y hasta inteligentes consejeros.

¡Cuántos motivos de inferioridad, y esto que no hemos apuntado sino los mas graves y evidentes!

Al señalarlos, sin ocultar nada, no tememos que se nos tilde de exagerados ó de poco patriotas. De que no exageramos puede convencerse cualquiera sin mas trabajo que mirar con alguna atención en torno suyo para recoger de los hechos el testimonio que ellos nunca niegan á los que los interrogan con ánimo despreocupado; y en cuanto á los que pudieran sentirse tentados á acusarme de falta de patriotismo, nos bastaría recordarles que éste no consiste en hacer cada día con agradables mentiras más y más mullida la almohada en que nuestro pueblo duerme la siesta de las ilusiones, como el inexperto y soñador mancebo de la conocida zarzuela *¡Si yo fuera rei!*; sino en sacudirlo con recias voces de verdad para que despierte y, mirándose y conociéndose, se entre animoso y suficientemente apercebido, que ya es hora, en el campo en que hoy se pelean con armas perfeccionadas las batallas del trabajo y de la industria.

Fuerza es que nos conozcamos y preciso que nos juzguemos, en vez de adorarnos como ha sido de uso de costumbre y casi de ley hasta la fecha.

Y para conocernos bien en lo que tenemos y en lo que nos falta, nada tan útil como compararnos con aquellos que, marchando por el mismo camino que hacemos, casi siempre nos dejan rezagados.

Al intento y como para poner en acción las causas que en nuestro concepto producen la inferioridad económica del chileno, y que mas arriba quedan apuntadas, vamos á seguir paso á paso á uno cualquiera de esos huéspedes animosos que vienen espontáneamente á Chile á enseñarnos con su ejemplo como se llega en pocos años y sin necesidad de haber recibido del cielo el don de hacer milagros, desde las humildes oscuridades de la pobreza, de la ignorancia y del trabajo muscular, a las eminencias en que se figura, en que se descuella y en que se triunfa.

### III

No lo nombraremos por no personalizar el caso; pero los lectores lo conocen y saben que no es cuento.

Hoy ocupa en la sociedad del pueblo que habita hace quince años un lugar prominente. Tiene para su familia, que cultiva muy buenas amistades, casa recién construída y perfectamente amueblada, coche de paseo y, cuando llega alguna compañía teatral ó se organiza alguna fiesta de beneficencia, palco en el teatro.

Su viña es de las más bien cuidadas del departamento y su bodega de las más acreditadas.

Acaba de ceder en participacion de utilidades á un pariente recién llegado la única fabrica de velas y jabon que existe en la comarca, y casi no hay año que no ensanche con nuevas compras el radio de su finca cuyo engrandecimiento persigue con una habilidad y perseverancia solo comparables á las que han desplegado los reyes de Prusia para convertirse a emperadores de Alemania.

A punto fijo y por ahora nadie podría decir si M. Vignerón tiene doscientos mil pesos, como aseguran unos, ó doscientos cincuenta mil como sostienen otros; pero en lo que todos convienen es en que pasará del medio millon si Dios prolonga su robusta vejez concediéndole quince años más de vida y de salud.

Y el motivo que tienen todos para suponer que hará esa jornada en quince años para llegar de doscientos cincuenta mil á quinientos mil, es el recuerdo de lo que en los quince que van corridos desde el día en que pisó playas chilenas, ha hecho sin otra base que los dos ó tres mil francos que cuando llegó traía de Francia en sus no muy bien provistas maletas.

Pero, si el dinero era escaso, las aptitudes no faltaban y la voluntad de trabajar era superior á los obstáculos y fatigas.

Juan Vignerón no perdió el tiempo. Unos cuantos días le bastaron á elegir el punto más adecuado para establecer su base de operaciones, para trazarse el plan de ellas y para principiarlas.

Hijo de uno de los departamentos de Francia más celebrados por sus exquisitos vinos, nuestro hombre conocía prácticamente todo lo relativo á la industria vitícola, desde la eleccion del terreno para plantar la viña hasta la manera más económica y rápida de tapar las botellas y de encajonarlas.

No contando, empero, con recursos para comprar un pedazo de tierra, en un departamento en que ésta alcanzaba tan altos precios, y no teniendo recomendaciones para los grandes viñateros de los alrededores, pensó en orillar la dificultad acercándose á la ciudadela que se proponía señorear por un camino oblicuo.

Madama Vignerón, que realizaba todos los días en la cocina el milagro que el Avaro de Molière exigía en vano a su mayordomo, de hacer, con poquísimos dinero, comida buena y abundante, y que tenía, fuera de las

de su cara, gracias que aún no había dado ocasión de admirar á su conjunta mitad, le dijo una tarde:

—¿Con que ya es cosa resuelta que no harás *ton trou* en ningun bodega ni en ninguna de las viejas tapias de las viñas de estos contornos?

—Resuelta, y no por mí, sino por el destino. Veo que nada es tan exacto por desgracia como aquello de que para ganar dinero lo primero es tenerlo. Y es lástima porque ni las viñas ni las bodegas tienen aquí sentido común, y con unas cuantas cepas y un poco de trabajo y otro poco de *savoir fair*, podría este tu marido en pocos años, ganar lo necesario para realizar su antiguo sueño de ver vestida, tratada y servida como una princesa á su *petite chatte*.

La *petite chatte*,—que no era tan *petite* que digamos,— contestó á las amables palabras de su marido con la mas graciosa de sus sonrisas, y, voviéndose á su maletón y sacando de él un volúmen á la rústica y un tanto usado, se lo mostró con ademán de triunfo y le dijo:

—No te aflijas, *mon vieu*: lo que buscabas por afuera lo tenía yo aquí en mi baul. Dejaremos los vinos, que es en lo que tú entiendes, para despues y, por ahora, con el auxilio de mis recuerdos y de este *Manual*, estableceremos una pequeña jabonería, miéntras llega la hora de transformarla en una *Gran Fábrica de jabon y de velas*!

Marido y mujer entraron despues en una íntima y animada conversación, que solo interrumpía él para sacar de vez en cuando algunas cuentas, y ella para leer algunas páginas de su *Manual*, y que se prolongó hasta muy entrada la noche.

Lo que conversaron ambos esposos no se ha sabido nunca á punto fijo; pero lo que todo el pueblo supo al otro día fué que M. Vignerón buscaba con grande actividad las pailas, el sebo, la ceniza y demás elementos indispensables para establecer una jabonería; y lo que veían, á la semana, con asombro los curiosos era á la bizarra Madama con el moño muy alto, las mangas muy arremangadas y el vestido muy corto, traginando entre las pailas y discutiendo con su marido, entre el vapor no muy fragante que arrojaban sobre si estaría ó no en punto el cocimiento, sobre la forma y peso que convendría dar á cada pan de jabón y sobre la manera más económica y lucrativa de venderlo.

El resultado de aquellos valientes ensayos y sostenidas discusiones fué que á los quince días de llegado Juan Vignerón al pueblo, se le veía salir por la puerta del casi inhabitable sitio que había arrendado, tirando del cabestro á una fornida mula que marchaba contoneándose como orgullosa bajo el peso de dos cajones en los cuales podía leerse con visibles letras escrito este letrero: *Jabonería de Paris*.

Pasaron cinco años y la profecía de Madama Vignerón se cumplió al pié de la letra. La jabonería ambulante, instalada definitivamente en una cómoda y espaciosa casa muy bien situada, está ya convertida en la *Gran fábrica de velas y jabón*: la madama, que vijila siempre sus cocimientos, empieza á dividir el tiempo entre ellos y las flores de su jardín; y M. Vignerón, que ha reemplazado la mula de marras por una media docena de vistosos carretones, sentado gravemente en su escritorio, hace apuntes en los libros y pide cuenta y razón de lo vendido á sus carretoneros.

Han corrido otros cinco años produciendo en nuestros industriales nuevas trasformaciones. La fábrica de velas y jabón es una de las empresas más productivas del departamento. M. Vignerón, deseoso de hacer honor a su apellido y de manifestar á su esposa que también él tiene inventiva y aptitudes, ha comprado unas cuatro cuerdas de excelente terreno y después de haber plantado en ellas una viña modelo, y una esparraguera que produce cada espárrago grueso como un cirio pascual, está en los afanes de construir las oficinas de vendimia y de levantar la bodega, obras que son objeto de la admiración envidiosa de todos los viñateros de la comarca.

Damos otro salto de cinco años y llegamos al de 1886 en que, para ejemplo de los pobres que quieran dejar de serlo—*magna caterva!*— estamos bosquejando esta verídica y consoladora historia.

M. Vignerón ha dado á un paisano y pariente en participación de utilidades su gran fábrica de velas y jabón, para dedicarse exclusivamente al cultivo de la viña y al cuidado de su acreditadísima bodega. Los vinos que llevan su marca, premiados en varias exposiciones nacionales é internacionales, se venden con estimación en todo el país y hasta han principiado ya á penetrar en Burdeos, en Hamburgo y en Buenos Aires.

M. Vignerón viste bien y vive mejor. No es pródigo de su dinero, pero no lo entierra tampoco, y su nombre figura con lucimiento en todas las suscripciones filantrópicas y aún patrióticas que se levantan en el pueblo. En cuanto á su digna consorte, el hermoso coche en que suele salir á misa ó á paseo, no la ha vuelto ociosa ni poltrona. Al contrario, le facilita la tarea de reemplazar en la viña y en la bodega á su esposo cuando se ausenta, y le permite cojer por su mano y llevar en los asientos delanteros del carruaje las flores para el adorno de su espléndido salón y los espárragos y alcachofas que de vez en cuando se digna preparar en tortillas esquisitas, ó con salsas deliciosas para regalar á su mimado viejo, que se vuelve viejo de veras, sin inquietarse por ello pues sabe que si su muerte ha de ser dolorosa para alguien, no ha de producir en el negocio otro cambio que el de la etiqueta de las botellas en que será preciso poner *Veuve Vignerón*, donde ahora muestran un Vignerón, á secas.

Esta historia que muchos de los lectores habrán visto desarrollarse ante sus ojos que es la de muchos franceses, ingleses, alemanes, italianos, etc., ¿de cuantos chilenos podría contarse? De uno que otro, si de alguno: ¡y somos dos millones y medio contra veinticinco ó treinta mil! ¿Porque? Pongamos á un compatriota en la empresa de M. Vignerón y veamos por qué sucede que mientras éste avanza á paso seguro, aquél tropieza y cae.

#### IV

Antonio Parra acaba de casarse, no llevando al matrimonio más que su buena presencia y el amor volcánico que profesa á su esposa, guapa niña que, además de su real persona, ha puesto debajo de su almohada del lecho nupcial en la noche de las bodas, cinco mil pesos en billetes.

Antonio desearía trabajar con ellos; pero ni sabe á punto fijo en qué, ni tan recién casado está para pensar en ello. Y después de engalanar convenientemente á la señora y de mandarse hacer él un terno negro y dos de color en una de las más careras sastrerías de Santiago, se va al Sur á disfrutar de las dulzuras de la luna de miel.

Cuando regresan al cabo de dos meses, los cinco mil apenas alcanzan ya á dos mil quinientos. Parra piensa que ha llegado la hora de considerar la vida por su aspecto serio, y dice á su cara mitad que está resuelto á trabajar en algo. Ella aplaude tan acertada determinación y se atreve á preguntar en qué.

—Pondré una tienda de provisiones, insinúa él.

—¡Despachero!—exclama ella con un gesto de indescible horror.

—Y una casa de prendas ¿qué te parecería? Es negocio, según dicen, tan seguro como lucrativo.

—Si, pero de judíos y de gente ordinaria y sin entrañas. Me llamarían la muger del prendero y no me atrevería á salir á la calle.

Antonio pensó en muchas cosas: en una cervecería, en arrendar un molino, en establecer una curtiduría, y hasta en una fábrica de carretones y carretas; pero tuvo que reconocer en sus adentros que para ninguna de ellas poseía las aptitudes y conocimientos indispensables.

Observándolo silencioso, díjole ella ¿por qué no consigues un destino Antonio? Y convinieron en buscar los empeños á ese fin conducentes entre los amigos de ambos cónyuges.

Pero aunque los amigos se movieron y no faltaron las promesas, el destino no venía y Antonio continuaba, como él solía decir, *comiéndose por las patas*.



Al fin y con los últimos restos de la dote de su muger, Antonio arrendó una posada en condiciones relativamente ventajosas. Se hacían los gastos y en los primeros meses la utilidad mensual no bajó nunca de cien pesos.

Pero el calor de aquella bonanza vieron aparecer nuestros esposos el primer fruto de su amor.

Fué preciso sacar á la señora de las malas piezas de la posada, por librarla del ruido y amueblar la nueva casa, y buscar ama para la *guagua*, y entrar en gastos que, ni aún produciendo el doble de lo que producía el negocio, él habría bastado a sufragar.

Para hacer frente á la situación, Antonio que no ignoraba el refrán de que más vale cuenta que renta, pensó en llevarla, pero aunque había estudiado Aritmética, y sacado en Álgebra una mención honrosa y obtenido tres D. D. D. en su exámen de Geometría, ignoraba por completo la Partida Doble.

En tal apuro y comprendiendo que algo debía hacer, notificó á los caballerizos una rebaja de salarios y se procuró paja y afrecho de inferior calidad á la que hasta la fecha había suministrado á los huéspedes de sus pesebreras.

Con lo cual los mejores sirvientes abandonaron el establecimiento y los mejores parroquianos comenzaron á retirar de él sus caballos; y nuestro hombre, urjido por el propietario, á quien debía ya varios meses de arriendo, tuvo al fin que entregarle la posada, firmándole por lo insoluto un pagaré pagadero para cuando mejorase de fortuna.

Entregada la posada á su dueño, Antonio, con las lágrimas en los ojos, entregó también á su esposa é hijo á los suegros, que los recibieron gustosísimos en su modesto hogar; y se fué él á las minas, prometiéndose volver cuando pudiese con los recursos necesarios para poner una casita y sostenerla decentemente.

Con la doble anterior historia que, tan rápidamente como la naturaleza de este escrito exige, acabamos de bosquejar, no queda ciertamente probado ni que á todos los extranjeros que lleguen á Chile han de soplarles los prósperos vientos que á Juan Vigneron, ni que todos los compatriotas que emprendan la lucha de la industria han de tener el lamentable fin de Antonio Parra. Hay excepciones, las conocemos también, y también podríamos contarlas. Pero nadie negará que lo ordinario, común, y frecuente es que en la realidad se produzca el contraste que hemos procurado hacer resaltar en nuestra historia.

Ella, si no nos engañamos, pone como de relieve las principales causas de la inferioridad del chileno con relación al extranjero europeo en las luchas de la industria.

Siguiendo atentamente ambas historias—que cada cual completará con sus propios recuerdos—pueden descubrirse y estudiarse, una á una, las causas de esa innegable inferioridad del chileno, que tiende á asegurar á los europeos el monopolio de lo que se llama la industria nacional.

Examinadas en el terreno, esas causas no son otras que las que ordenadamente apuntamos en la primera parte de este estudio: la falta casi completa de educación industrial teórica y práctica, de prevision y de espíritu de ahorro: las preocupaciones sociales que, apartando al hombre decente de ciertos trabajos y á la muger de su lado en el consejo y en el esfuerzo para vencer las dificultades de la vida, los arrojan aislados y desarmados á sus tremendas pruebas en que saben es poder y en que el éxito es imposible sin la unión.

Si á lo expuesto agregásemos el prurito de aparentar más de lo que se tiene, tan arraigado en todas las clases de nuestra aparatosa sociedad, y la falta de aptitud que los que han recibido la instrucción primaria muestran para utilizarla adquiriendo en los libros los conocimientos especiales que exija el empleo, oficio, industria u ocupación á que se dediquen, tendríamos, á poco más ó ménos, expuesta la que podríamos llamar filosofía de la doble historia más arriba narrada.

Con lo cual y, dando por suficientemente esclarecido el primero de los dos puntos que era nuestro propósito dilucidar, ó sea las causas de nuestra inferioridad económica, nos despediremos de los lectores de la Revista Económica hasta una próxima ocasión en que señalaremos, según se nos alcancen, los arbitrios á que podríamos recurrir para remediarlas.

## Artículo II

### *Remedios*

Después de haber indicado en el artículo precedente, con el apoyo de datos estadísticos irrecusables, porque no son más que el reflejo de lo que cada cual puede observar en torno suyo, que la inferioridad económica del nacional con respecto al extranjero europeo es en Chile un hecho constante y positivo, cúmplenos, para realizar nuestro propósito, señalar los medios que conceptuamos más adecuados para modificar la situación, aumentando la potencia económica del chileno hasta igualarla, si posible fuese, con la que los europeos manifiestan, ya en la producción ó conserva-

ción de la riqueza, ya en el uso moderado y discreto que de ella hacen para satisfacer las necesidades de la vida.

Al intento de realizar el indicado objeto, adoptaremos el sencillísimo plan de considerar una á una las circunstancias que en el precedente artículo señalamos como causa de nuestra inferioridad económica, para ver hasta qué punto y con qué medios cada una de ellas puede ser combatida por el esfuerzo individual ó con los recursos que la administración tiene en su mano.

Y desde luego y anticipando un pensamiento tan consolador como arraigado en nuestro espíritu, ¿por qué no diríamos que creemos en la libertad humana y por consiguiente en el progreso que, emancipando poco á poco el hombre del hombre, va sujetando más y más á su imperio el mundo material y sus fuerzas cada día mejor conocidas y utilizadas, y que, firmes en esa creencia, rechazamos *in límine* toda explicación fatalista que, so pretexto de raza, ó de religión, ó de tradición, ó de evolución, condenara al chileno á ir necesaria y eternamente á la raza del europeo en los gloriosos caminos de la industria?

Nó. Sin negar nosotros la influencia considerable que en el desenvolvimiento de las sociedades humanas ejerce el medio en que habitan y las cualidades, tendencias y aptitudes que se transmiten con la sangre ó que la tradición conserva, hemos pensado siempre que existe en el fondo del alma de cada individuo, y, si el modo de decir se tolerase, en el fondo del alma de cada pueblo un punto de apoyo bastante firme para resistir victoriosamente á la presión de afuera y clavar al fin sobre las conquistadas almenas del mundo material el símbolo glorioso de nuestra inteligencia soberana y de nuestra voluntad libérrima.

Nó,—y ahí está la historia mercantil é industrial de Italia, de Francia, de Bélgica y de España misma para confirmar nuestro aserto—no pesa sobre la raza latina la maldición que condenó al hijo del patriarca bíblico á ser en su descendencia sumiso servidor de sus hermanos: nó, abierto está el palenque, con aire, con luz y con terreno y ley iguales á todos los que se sientan con bríos para tomar parte en el torneo: nó, nada hay que nos fuerce á permanecer en la bochornosa inacción en que vejetamos, ni nadie que, una vez que echásemos resueltamente á andar, pudiera decirnos: Esas son las columnas de Hércules puestas por Dios como impasables términos á vuestra educación económica y á vuestro progreso industrial.

*Plus ultra*, iremos, si tal es nuestra resolución, como que somos de la raza de los que con Vasco de Gama doblaron el Cabo de las tempestades y de los que con Colón dieron al mundo antiguo un nuevo mundo, de los que con Balboa descubrieron el Océano Pacífico y de los que con Magallanes penetraron en él por el estrecho de su nombre.

Recuerdos son estos que aducimos, no para que, arrullados por ellos, nos durmamos, sino para que, por ellos estimulados, nos pongamos á la obra seguros de que no hay nada de orgánico, ni de fatal en los males que nos aquejan, y ciertos de que es á los hijos de Chile exclusivamente á quienes incumbe preparar el porvenir glorioso ó miserable que le espera.

## I

Y puesto que hemos dicho y con ejemplos manifestado que la primera causa de la inferioridad económica del chileno consiste en la carencia de instrucción industrial teórica y práctica de que en general adolece, lo primero será buscar ahora los medios de llenar ese vacío procurando formarnos sobre lo que tenemos una idea exacta para apuntar en seguida las reformas que exige.

Bien se nos alcanza que es trillado el camino en que vamos á comprometernos y de cierto que en él nos retraeríamos de entrar si el intento que nos mueve fuese el de ofrecer á los lectores más que verdades útiles, curiosas novedades.

En Chile no ha habido partido ni hombre público que no haya procurado captarse las simpatías del pueblo ofreciéndole instrucción abundante y gratuita. De nada se habla con tanta frecuencia en los meetings y en las cámaras como de los horrores de la ignorancia y de la necesidad de combatirla sin reparar en sacrificios. Para nada se piden fondos con más ahinco y se votan con más facilidad que para multiplicar las escuelas y los liceos. Sabemos ya de memoria que no fueron ni los planes de Moltke ni los coraceros de Bismark los que vencieron en la última guerra á los franceses, sino los maestros de escuela de Alemania. Nadie ignora ya que la enseñanza es un sacerdocio, que la escuela es un templo y que está matemáticamente demostrado—aunque la estadística se obstine en no confesarlo—que por cada escuela que se abre hay á lo menos una cárcel que se cierra.

En obediencia á tan bien cimentadas convicciones aumentamos de año en año el material y el personal de la enseñanza pública y la cifra que para ese servicio se consulta en el presupuesto de gastos.

Pero, á pesar de tanto ruido y de tantos requiebros y ofrecimientos, la enseñanza continúa durmiendo; y despues de tantos afanes los niños que salen de las escuelas y liceos no salen sino para ser lastimosamente derrotados por el primer europeo que en el campo del trabajo industrial les salga al paso.

El motivo se ha apuntado más de una vez sin fruto alguno. Se señala, se denuncia, se palpa la vaciedad de la enseñanza que á los niños y jóvenes se proporciona; pero la rutina continúa señoreando como absoluta soberana el dominio de los estudios.

Se hace lo que se hizo, aunque sea disparatado, por la sola razón de que así se hizo. Los que debieran pensar no quieren darse la molestia de pensar que la enseñanza no es nada si no es una preparación. Se llena la cabeza del niño con cifras, con fechas, con fórmulas, con nomenclaturas y otras semejantes fruslerías que disipa, de la memoria en que se acumulan, el viento de las primeras vacaciones. Pero lo que no se enseña es á discutir, lo que no se inculca es el gusto por la lectura, lo que no se quiere ó no se sabe dar es el conocimiento de las cosas, de sus cualidades, leyes y relaciones útiles.

El mal es conocido y empieza á ser objeto de quejas frecuentes; mas ¿quién hasta ahora se ha ocupado de corregirlo?

El Consejo de Instrucción tiene sobre la carpeta de su mesa el último proyecto de reforma, que en resumidas cuentas deja las cosas como están. No ganará el paciente con que se le obligue á dar nuevas vueltas en el fermentado lecho en que se consume. Hay que infundirle nueva vida, inyectando en sus venas una nueva sangre, la sangre ardiente y generosa de la sociedad moderna, republicana y ávida de movimiento de progreso y de felicidad á que pertenecemos.

## II

Antes, sin embargo, de apuntar las reformas que convendría introducir en la enseñanza oficial parece oportuno examinar, á la luz de los principios de la ciencia, los efectos que necesariamente ha de producir en ella la intromisión del Estado; porque si esos efectos son inevitables donde quiera que el sistema exista, de su peso se cae que, más contra él que contra los hombres debemos dirigir nuestros reproches y tentativas de reforma.

Haciendo por el momento caso omiso de la instrucción primaria, campo de trabajo en que aun los economistas más rigurosamente apegados á los principios dejan libre entrada á los Gobiernos, no puede negarse que en la segunda y profesional su intervención causa más ó menos siempre los dos gravísimos males de perturbar la distribución natural de los hombres entre las diversas carreras y oficios, y de hacer muy difíciles las innovaciones que los cambios en las ideas y necesidades exigen constantemente en los planes de estudios y sistemas de enseñanza.

En lo que respecta al primer punto no se necesita por cierto de extraordinaria agudeza para comprender que, ofreciendo el Estado especiales facilidades y favores á los que se dediquen á determinadas profesiones, atrae hacia ellas un número de personas mucho mayor que el que acudiría á ejercerlas bajo un régimen de libertad completa.

Ni es eso sólo, porque esos factores dispensados á los jóvenes que se dedican á la abogacía, á la medicina, á la farmacia y á la ingeniería, son estimados por el vulgo como otras tantas ejecutorias de nobleza otorgadas a tales profesiones, y de rebote y por contraste, como una marca de ignominia ó á lo menos de ruindad y bajeza estampada sobre la frente de las que se dejan abandonadas á su propia suerte.

Y como esas otras son precisamente todas las carreras mercantiles é industriales, no es difícil calcular el daño que les causa el Estado con su injerencia caprichosa.

Pero no solo á la cuenta de la aludida injerencia hay que cargar lo que roba á las tareas industriales—tan nobles y útiles como las malamente llamadas liberales—en hombres y en prestigio; sino también el marcado divorcio en que viven los talleres con las aulas, la sociedad con la Universidad, la instrucción que se da á los niños con la que éstos han menester.

Lejos de la intervención del Gobierno, es evidente que la enseñanza, por el propio interés de los que la diesen, andaría tan solícita para satisfacer las exigencias de los tiempos como anda el comercio para plegarse á las necesidades de los climas y de las estaciones y á los gustos y hasta á los caprichos de los consumidores.

Bajo un sistema de libertad sería tan imposible que se enseñase en los colegios alguna asignatura inútil por el único motivo de que viene figurando en los planes de estudio desde tiempo inmemorial, como encontrar el día de hoy en las tiendas de Valparaíso ó de Santiago los greguescos, sayos, valonas, chambergos y demás prendas con que nuestros antepasados vestían y engalanaban sus personas en los siglos XVI y XVII.

De suerte, pues, que, aparte de otras acusaciones que contra la dirección de la enseñanza media y profesional que el Estado se arroga, podrían dirigirle los políticos y los hacendistas, nosotros nos creemos autorizados á dirigirle en nombre de los intereses de la industria las dos muy graves de perturbar la acción de las leyes naturales á cuyo influjo se distribuyen los hombres entre las diversas profesiones, y de prolongar artificialmente la vida de métodos de enseñanza, de ramos y de planes de estudio que bajo el régimen de la libertad habrían desaparecido hace años y tal vez hace siglos, para dejar espacio á otros métodos, á otros ramos y á otros planes más conformes con las presentes exigencias sociales.

## III

Pero ya que tenemos un Estado que con las mejores intenciones del mundo impide el libre y vigoroso desenvolvimiento de la enseñanza con el mismo empeño que pone para darle impulso, y ya que no será posible la reforma si no se opera por sus manos, conviene señalarle el fin á que ella, para ser útil, tendrá que encaminarse.

Ese fin, lo hemos dicho ya, no debe ser otro que el de dar á la enseñanza un carácter esencialmente práctico y adecuado á las necesidades de los que la reciban.

En más claros términos y, aun corriendo el riesgo de escandalizar á los que no quieren convenir en que, como se decía en la escuela, *primum vivere quam philosophare*, por lo que respecta á la instrucción que el Estado ofrece á la generalidad de los habitantes del país, somos francamente utilitarios.

Con lo cual queremos decir que tanto en la fijación de los ramos que se enseñan en los colegios y liceos como en los métodos que se adopten y planes de estudios que se establezcan, no debe perderse nunca de vista la aplicación, el resultado, el fruto y el provecho.

En el campo de la enseñanza popular no solo deben barrerse las hojas secas y arrancarse las malas hierbas, sino todo lo que no fructifique aunque floresca.

De conformidad con estas ideas, creemos que debería limitarse la instrucción que se da en las escuelas fiscales y municipales á la lectura, la escritura y la aritmética á fin de habilitar á los niños para estudiar más tarde en los libros lo que les fuere más útil según las artes ú oficios á que se dedicaren, y de dejarles el tiempo necesario para adquirir los conocimientos técnicos y la destreza práctica indispensable al acertado desempeño de los que prefiriesen como más de su gusto ó conveniencia.

Es decir que, á nuestro entender, la instrucción que da el Estado en sus escuelas, en vez de ser exclusivamente literaria y teórica como es, debería ser literaria solo en cuanto pudiera considerarse como preparatoria, y en lo demás práctica, industrial y propia para dar á los educandos la afición y servirse de los conocimientos adquiridos y á hacer sin estraño auxilio el noviciado de la vida.

Sabemos bien que no han de faltar algunos que tilden de groseramente materialistas estas opiniones, porque no ignoramos que así como hay en literatura una escuela que sostiene la doctrina del arte por el arte, así hay también otra que en materia de enseñanza sostiene que la más desinteresada es la preferible y que tratándose de iluminar las inteligencias, vale

mucho más la ténue y poética luz de alguna estrella cuya contemplación haga dar al observador absorto en el pozo del filósofo griego, que de la bien despabilada y empapada mecha de prosaica linterna que alumbré al pobre viajero el camino mostrándole los obstáculos y preservándolo de los precipicios.

El arte por el arte en materia de instrucción tiene, sin duda, su precio; pero por desgracia demasiado subido para que la generalidad pueda alcanzarlo.

Que suban á la eminencia los que tengan alas y vocación, nada más justo y conveniente; pero que el Estado no cometa la cruel insensatez de despertar en las almas necesidades ficticias y devoradoras aspiraciones, sin haberles dado antes los medios de satisfacer las más primordiales é imperiosas.

#### IV

Del hecho de no dar el Estado otra instrucción que la literaria en sus escuelas y liceos resulta, no solo la incapacidad industrial de los que en esos establecimientos se educan, sino también, y lo que es casi peor, el desprecio con que miran más tarde los trabajos musculares y las artes mecánicas.

Así es que, sobre salir sin los conocimientos indispensables para esos trabajos, salen además sin la voluntad de adquirirlos. Doble mal que aglomera á los hombres en determinadas profesiones ó en las antesalas de los Ministerios en solicitud de destino, y que condena á las mujeres á no siempre inocente ociosidad.

Una reforma en la enseñanza que, reduciendo la parte literaria á lo estrictamente preparatorio, la transformase en industrial, haría á los educandos mucho más aptos para las batallas de la vida y daría el golpe de muerte á las añejas y absurdas prevenciones de que muchos trabajos, artes y oficios son objeto.

Los niños y las niñas no irían á las escuelas con la idea de adquirir títulos para no dedicarse á ciertas ocupaciones muy lícitas, útiles y honradas; sino, al revés, á fin de ponerse en aptitud de desempeñarlas con la perfección y lucimiento posibles. Así, en vez de aspirar todos los hijos de nuestros artesanos y pequeños propietarios al doctorado ó al bachillerato cuando menos, aspirarían á fabricantes ó á jefes de taller ó empresarios, y en vez de considerar las niñas la lectura como adorno que exige de la cocina, la mirarían como medio de sobresalir en ella y de ganar, dedicándose á ella, una elevada remuneración.



Los conocimientos en las democracias no deben mirarse como título nobiliarios, sino como medios de trabajar eficazmente por la propia felicidad y por la de país.

Pero en nuestra tierra hay virtudes que nunca se predicán y buenas obras de que nadie se acuerda.

Las preocupaciones más perjudiciales se perpetúan porque nadie se da el trabajo de combatirlas.

Así, entre mil exhortaciones á la largueza, difícilmente podría oírse una sola á la parsimonia, al arreglo en las cuentas y á la economía.

Así, entre cien poetas de esos que cantan los prodigios de la confianza en Dios, tal vez no podría encontrarse uno sólo dispuesto á cantar los milagros de la previsión y de la frugalidad.

Así, entre tantos que exigen al pueblo que sea moral y virtuoso, no hay nadie que manifieste con franqueza á los ricos que en muchos casos, sin ciertas comodidades materiales, la moralidad es poco menos que imposible.

Es á los economistas á quienes corresponde iluminar estos oscuros y olvidados aspectos de la cuestión social. Ellos deben dar al trabajo carta de nobleza y manifestar que no hay nada de vil ni deshonesto en la idea de lucro, ni en el deseo de obtenerlo ni en las ocupaciones que lo proporcionan.

Los que pretenden elevar el nivel moral é intelectual de la sociedad, sin darle antes los medios de adquirir un bienestar económico suficiente, hacen como el que se afana en edificar sobre la arena.

La flor y el fruto no viene en los árboles sino después de echadas las raíces y de formado el tronco.

Vanamente se mostrarán las ventajas del aseo á hombres á quienes la miseria fuerza á vivir en inmundas pocilgas; y solo por milagro podrán conservarse puras familias que vivan, como la mayor parte de las de nuestros campesinos, hacinadas en un solo rancho en intimidad no interrumpida y en forzada y casi espantosa promiscuidad.

## V

Los ricos propietarios que creen cumplir los deberes que como patrones tienen para con sus inquilinos y peones dándoles una misión todos los años, incurren en gravísimo error, porque lo primero, antes de esparcir la buena semilla, es preparar la tierra á fin de que la germinación sea posible, y sobre todo de que la planta, una vez brotada, pueda desarrollarse y fructificar.

No basta decir á los ignorantes: Ese es el camino!—ni á los viciosos: En esto consiste la virtud!—porque hay que hacer antes transible el camino—y la práctica de la virtud, posible.

Si fuéramos hacendados principiáramos,—al revés de lo que suelen nuestros grandes propietarios,—por dar á las familias que en nuestro fundo residieren, antes que reglas y consejos para bien vivir, casitas en que pudiesen vivir bien.

Pero no solo eso deben las clases ilustradas y acomodadas de nuestro país á las ignorantes y desvalidas; como que además deberían darles el ejemplo—que no siempre les dan—de la formalidad en los tratos, de la seriedad en las costumbres y especialmente de la virtud tan rara de la ingenua modestia que da á los que la poseen resolución para vivir tranquilos y resignados en el peldaño de la escalera social que sus recursos le señalen, aspirando siempre á subir más arriba; pero con paso firme, por sus cabales y no para caer, tras cada loca y prematura tentativa á fin de igualar á los más altos, mucho más abajo de lo que antes estaba.

Hay dos virtudes económicas de la mayor importancia que nuestros proletarios ignoran casi en absoluto: la previsión y el ahorro. No saben prever ellos ni las enfermedades, ni la vejez ni las inevitables huelgas que imponen las lluvias ó la discontinuidad en la demanda de brazos. Viven al día y son por lo común, aunque cristianos de intención, fatalistas en la doctrina y hasta en la conducta. El ahorro les es desconocido y hasta antipático y sospechoso de tacañería y avaricia. Entre ellos el que más alegremente gasta todo lo que gana es el más noble y alabado. Y lo más que la costumbre tolera en el asunto que consideramos es el buen caballo ensillado, la vaca y la yunta de bueyes, para que no falte á la viuda con que hacer las diligencias del entierro.

Tales son las ideas dominantes en punto á previsión y ahorro entre los proletarios chilenos. Pero si ello puede pensarse y aun publicarse en letras de molde sin riesgo de escandalizar ni aun á los más meticulosos ¿nos será permitido hacer extensiva la observación y el reproche á las clases acomodadas?

Ellas, que deberían dar el ejemplo en la previsión y la economía, dan, al contrario y muy á menudo, muestras de la más deplorable y censurable prodigalidad.

Buena prueba de ello se encontraría en los archivos de los bancos hipotecarios si alguien quisiera darse el trabajo de rastrear el origen de las hipotecas que pesan como enormes vampiros sobre la propiedad raíz, y de tomar nota de la inversión dada á las sumas casi fabulosas á que alcanzan en gravámenes.

La pasión del lujo, la comezón de la vanidad, el empeño por igualarse en las apariencias á los más altos, han secado poco menos que por completo las fuentes en que la industria debería de haber encontrado los capitales de que necesita.

Los palacios se levantan como por encanto, y sus regios salones tapizados de seda, se llenan de muebles preciosos, de objetos de arte que cuestan un sentido. Y mientras eso se ve en la capital de la República, á sus alrededores son raros los fundos que no se encuentran en el más triste estado de abandono: derruidas las tapias, aportillados los cercos, cubiertas las viñas de malezas, obstruídos los canales y borradas las acequias, y el suelo revenido en grandes trechos pidiendo a gritos zanjas y sangrías que los disequen y vuelvan productivo.

De nuestros campos—salvas unas pocas honrosísimas excepciones—sí que podría decirse lo que del paciente buey que los ara dijo el poeta latino. Producen con abundancia increíble los años y los años sin recibir en cambio ni una caricia del amo que lejos consume sus rentas tan ajeno de acordarse de la tierra que se las proporciona como el borracho, al empinar el vaso, del primero que cultivó la vid y exprimió el jugo de sus negros racimos.

Si no hay exageración, como creemos que no la hay en lo que acabamos de manifestar, será forzoso reconocer que la imprevisión de los proletarios y el empeño de los burgueses por igualar á los que tienen más recursos que ellos es un pecado que en nuestra sociedad viene de arriba y acerca de cuya enmienda serían muy pocos los predicadores que pudieran—sin enmendarse antes—predicar con la autoridad del ejemplo.

Mientras continúen los hacendados estrujando sus campos para disipar, lejos de ellos, el jugo que les saquen, y sin devolverles en útiles mejoras ni en personales cuidados, ni una mínima parte de lo que ellos les producen, no saldrán los campesinos de la mísera condición en que vejetan, porque continuarán siendo como han sido hasta ahora, nada más que haraposos ordeñadores de una vaca muy lechera que, dando á los chilenos el trabajo de ordeñarla, reserva para los extranjeros el placer de saborear su sabrosa leche.

## VI

Resumiendo ya y concretando en lo posible, para terminar, las ideas contenidas en el presente artículo, podríamos decir que la más honda y general de las causas de la inferioridad económica del chileno comparado

con el europeo, consiste en la deficiencia, inconducencia, y contraproduencia (si la palabra se nos permitiese) de la educación que recibe.

No se le instruye lo bastante en lo que necesita.

Se recarga su memoria y se fatiga su inteligencia con el estudio de ramos sin aplicación útil, que al poco tiempo habrá olvidado por completo.

Y al paso que se le enseña mal y poco de lo bueno, y mal y mucho de lo inservible, se fomentan en el corazón del que recibe esa enseñanza sentimientos y en la cabeza preocupaciones más funestas que la ignorancia misma, como que su efecto es alejar para siempre á los que de ellas salen imbuidos de los libros y de los talleres en que podrían más tarde iniciar un nuevo aprendizaje.

Para conjurar mal tamaño no habría remedio más eficaz que el de reformar nuestra ley de instrucción estableciendo ó más bien, reconociendo la libertad de enseñanza y de profesiones.

Hemos visto cómo, bajo el régimen de la libertad en esa materia, la enseñanza que se ofreciere en las escuelas, colegios y universidades, respondería perfectamente á las necesidades de la sociedad, ni más ni menos que, en otro orden de cosas, la oferta de mercaderías ó de servicios sigue de cerca y se amolda con admirable flexibilidad á los deseos y hasta á los caprichos de los consumidores.

Pero ya que hay poderosas preocupaciones que obstan, y que, por desgracia, es seguro que han de obstar por muchos años todavía al advenimiento del régimen de libertad, que es para nosotros el mejor, que á lo menos, despertando el Gobierno del sueño prolongado en que yace procure darse cuenta de lo que pasa y reconozca que lo que pudo ser holgado traje para el niño de entonces, se ha convertido para el hombre de hoy día en camisa de fuerza y en potro de tormento.

Ya que no será posible dejar que el actual orden de cosas continúe, porque los quejidos del paciente y los vuelcos que da en el lecho exigen que algo se intente para procurarle algún alivio, que renunciemos alguna vez á las cataplasmas y á los cambios de postura.

Preciso es meter el cuchillo aunque sea en la carne viva para cortar todo lo muerto y reemplazar las tisanas por saludables y nutritivos alimentos.

Deben suprimirse de la enseñanza que el Estado ofrece, todos aquellos ramos de imposible ó remota aplicación útil, para dejar solamente aquellos cuyo aprendizaje habilite á los que los estudien para hacer las cosas ó para aprender por sí mismos la manera de hacerlas.

Deben, por último, los profesores y maestros emprender una verdadera cruzada contra las rancias preocupaciones que mantienen en la ociosi-

dad ó en la miseria á tantos centenares de miles de chilenos, alejándolos de la industria, del comercio y de tantas otras ocupaciones no menos honrosas y para la generalidad mucho más lucrativas, que la abogacía y la medicina á que, en número tan crecido y con tan afanoso ahinco, está afluyendo la generación que se levanta.

El día en que hagan comprender á sus alumnos que el objeto del aprendizaje, no es adquirir un diploma, ni tener un pretexto para no trabajar en ciertos oficios y empleos y mirar en menos á los que á ellos se dedican: sino adquirir ideas y habilidad para expedirse en las faenas de la industria, y hábitos de orden, de trabajo y de previsión y ahorro, podrán con justo motivo gloriarse de haber echado el cimiento de la regeneración, no solo económica, sino también política y moral del pueblo chileno.

Ni bastaría que con esa mira se reformase por el Gobierno el sistema de enseñanza existente, ni que los maestros y profesores, penetrados de la utilidad de la reforma, se esforzasen por hacerla fructífera, transformando sus métodos é inculcando en sus discípulos las ideas que dejamos espuestas; porque para que la cosecha fuese abundante todos cuantos ejercen alguna influencia sobre la opinión deberían secundarlos con la propaganda y en especial con el ejemplo.

Convendría que los que predicán, escriben y legislan recordasen con más frecuencia de la que suelen que si las virtudes cristianas son muy bellas y las cívicas muy dignas de alabanza, las económicas son indispensables y como la base y sustentáculo de aquellas.

La previsión, el orden, el espíritu de ahorro, la perseverancia en el trabajo, la cautela para no sacrificar el porvenir propio ni el de los hijos á momentáneos placeres ó caprichos, son virtudes que muy pocos practican y cuyas excelencias bien pocos se dan la molestia de explicar á los millares y millares de personas que en la práctica de la vida se preocupan tanto de ellas como de los preceptos del Corán: á las clases ilustradas toca, despues de enmendarse para enseñar con el ejemplo, poner término á los gastos de mera vanidad cuyo exceso constituye el principal obstáculo que impide el rápido aumento de nuestra población, y desterrar las añejas preocupaciones que la Edad Media nos legó contra ciertas carreras y trabajos, proclamando una sola como vil y degradante:—la carrera de los ociosos.

Hagamos con todas las carreras honestas lo que no ha muchos años hizo un noble patricio con la medicina: démoles ejecutoria de nobleza destinando á ellas jóvenes que las desempeñen con honradez é inteligencia.

Así el campo en que las nuevas generaciones, convenientemente apercibidas para el trabajo, podrían ejercitar su actividad, sería inmensamente más estenso que el tan estrecho como agotado en que hoy se dispu-

tan con encarnizamiento el terreno que pisan y los escasos frutos que logran arrancarle.

La obra es colosal, no podemos disimularlo; pero con todo lo que en ella tenemos por más difícil, no es tanto llevarla á cabo, cuanto infundir en los ánimos el convencimiento de su utilidad grandísima, de su urgencia manifiesta.

Nuestro propósito al publicar estas líneas ha sido el muy modesto de llevar nuestro grano de arena á la segunda de las dos indicadas obras, á la obra de la propaganda. Que el pueblo vea bien dónde está el origen de los más gravosos males que le aquejan; que los órganos de la opinión pública, firmemente apoyados en el sentimiento popular, exijan de los que gobiernan el remedio de sus males mediante la remoción de la principal causa que los produce, esto es, mediante la reforma radical del sistema de enseñanza establecido, y en pocos años habríamos cambiado la faz de nuestro país y elevado gradualmente á nuestros compatriotas hasta el nivel en que se encuentran los hijos de la vieja Europa en lo relativo á sus aptitudes y virtudes para pelear con honor y fortuna las cada vez más recias batallas de la vida. ☐